



LA VARONA CASTELLANA (1).

Yo me muerdo por la guerra,
Fierdome por cuchilladas,
Y en dos desnudas espadas
Toda mi gloria se encierra.
Lope de Vega.—La Varona castellana.
Jornada II, Escena V.

La genealogía panegírica de los Varonas, que se conserva en el archivo de su casa solariega cerca de Villanañe, en la provincia de Alava, fué compuesta

(1) Para bosquejar el retrato que vá á la cabeza de esta narración, hemos tenido á la vista el único que existe pintado en pergamino en el archivo de Villanañe. No sabiendo á quien atribuir el anacronismo que se nota en el traje de la figura, juzgamos oportuno anticiparnos á cualquiera justa observación que hacérsenos pudiera sobre el caso, prefiriendo antes reconocer sinceramente este defecto, que escitar, pasándole en silencio, la pública desconfianza.

en 1715 por un religioso del orden de San Agustín sobrino del décimo nono poseedor del mayorazgo original, cuyos timbres ensalza mas con el entusiasmo de adepto que con la indiferencia de imparcial historiador. Pero si difícil es creer lo que refiere descendiendo á supérfluas minuciosidades después de mil y cien años bajo su palabra, temeridad sería desechar aquellos acontecimientos generales que se hallan justificados por Aponte, Argaiz, Tellez de Meneses y otros insignes analistas, libres de ciego interés en la materia, ingenuos por amor propio, y amantes de la verdad sin artificio.

12 DE MARZO DE 1848.

Traer al puerto de Santoña al almirante marítimo Rui Perez en el año de 680, comandando una escuadra goda: filiarle en el ejército imperial contra Witi-za; y cansado de refriegas sangüinarias, lanzarle después de todo á las montañas alavesas en busca de terreno donde erigir un castillo feudal, imponiendo á aquellos valles los epítetos de *angosto losa ó do vea*, según las contingencias de tan peregrina exploración, es base muy á propósito para formar una novela, pues al aliciente de lo *maravilloso* se reúne como protagonista un héroe que ha blandido su acero en cien combates, y que atraviesa en su corcel los pa-vorosos bosques porque no sabe lo que es temblar delante del enemigo. Mas cuando se trata de una sé-ria narración que al ejemplo del reconocimiento, del amor patrio ó de cualquiera otra virtud nos guie, esa misma base flaquea por su raíz; entonces no sola-mente se somete á grandes pruebas la veracidad del autor, sino que inspirará fuertes recelos en el mo-mento en que, olvidándose de los preceptos de Tácito, se ponga entre su héroe y el alumno á quien se le manifiesta, desfigurando la verdadera historia de aquel con colores inventados de capricho.

Disimulando á Fr. Miguel de Varona los que su buena fé le indujo á mezclar en el manuscrito que dejamos indicado, no debemos aun así considerarle como recto historiador de su familia. La amazona que pinta, cual otro Zeuxis, con elementos esparci-dos, ofrece muy poco de real en fuerza de encarecer su prosapia, su valor y su hermosura. De aquí es, que abstrayéndonos nosotros de todas aquellas proe-zas repugnantes aun á la fé mas cándida, reducire-mos á compendio lo que parece no sobrepujar las humanas fuerzas en la conducta anómala que obser-vó Doña María Perez, apellidada la *Varona*, con-formes con la crítica de muchos anticuarios res-petables.

Jóven de veinte y tres años habitaba el palacio señorial en compañía de sus hermanos Gomez y Al-var, ejercitándose con ellos en la caza, su pasatiem-po favorito. Tal era el acierto con que ordenaba sus batidas, que rara vez eran estériles; antes bien col-gaba muy á menudo en el pórtico de su fortaleza las cornamentas del ciervo, por trofeo de su denuedo varonil. Nunca hubiera abandonado aquel retiro, si el apuro en que D. Alonso I de Aragon puso al V de Castilla, inculpándole el divorcio de su madre Doña Urraca, no hubiese recordado á los hijosdalgo de Vi-llanañe que sus deberes principiaban por el servicio del rey y por la defensa de la patria. Devorábales la idea de abandonar á su hermana en aquellas cir-cunstancias tan críticas, cuando el infante D. Vela, hijo del soberano de Navarra, llegó con el ejecutivo mensaje de que era necesario se aprestasen para la lid, pues su tío el rey de Castilla les llamaba como nobles comprendidos en la leva general. No opusie-ron el menor disgusto al ilustre embajador que tan modestamente arribara á su castillo, obsequiándole con opíparos festines, trato afable y delicado, y mag-nífico plumazo en que dormir. El huésped, á pesar de ser activo, detúvose con gusto en Villanañe; y al despedirse pasados unos días, observaron Gomez y Alvar que revolvió dos ó tres veces su caballo para mirar el sombrío torreón, que iba sumerjiéndose á lo lejos entre las espesuras del monte.

Pregonada la orden real en la comarca tributa-ria, retumbó por donde quiera el clarín que convo-caba á los valientes. Pobláronse las sendas del casti-llero de donceles y escuderos, que deseados de ganar los honores de la caballería, llevaban consignada en su apostura el ánsia de desenvainar su recio alfan-ge, y ostentar la resistencia de su brazo en el cam-po del honor. No tenían empresas sus broqueles. Era preciso que estos jóvenes soldados las ganasen por medio de fatigas y peligros, ó haciendo algun pro-digio de valor digno de la gratitud del soberano. ¡Feliz el que logra derribar á su adversario obligándole á confesarse vencido! Suya será la palma y el laurel del campeón: desde entonces tendrá ese escudo heráldico que ambicionan adornar las castellanías con una flor emblemática ó con un rizo de sus trenzas, gra-

bando alrededor de la bordura el mote apasionado de su fé.

Ninguna de estas dádivas faltaba ya á los caballe-ros de Villanañe; pues avezándose desde su primera juventud á los trabajos de su profesion, habian sabi-dó sostener con esplendor y con fortuna los timbres de sus ascendientes. Preparábanse á vestirse el arnés sin codiciar el premio: mas revelando á su hermana el dolor que les causaba tan inopinada separación, no pudieron menos de mostrarse vacilantes entre su ánimo aguerrido y los impulsos amorosos de su co-razon sensible. La impávida doncella ni se conmueve ni se turba. «Sea cualquiera vuestra suerte, hermanos míos, quiero arrostrarla con vosotros», les responde. Bien sabeis con cuánta intrepidez monto á caballo para perseguir las fieras. Vosotros mismos me habeis proporcionado muchos lances, que os han dado á co-nocer el arrojo que me asiste, cuando se interesa mi vida en su buen éxito, ó la reputación que nuestro orgullo goza. No creo haya una diferencia muy nota-ble entre el guerrero que juega desesperado sus ar-mas, y el furioso javali que, acometiendo á quien le hiere, hace retemblar aquestas selvas con sus impo-nentes bramidos; y como estos no me hayan hecho otra impresion que la que hace el balar de los cor-deros en las insensibles rocas, deduzco que mi ele-mento es la guerra, y que mi cuerpo debe robuste-arse bajo el peso de las mallas antes que afeminarse en esa delincuente ociosidad á que profeso irrecon-ciliable aversion. Cededme, pues, una armadura, una espada y un corcel; que cuando me veais retroceder un solo palmo, para eludir cobardemente al enemi-go, podreis avergonzaros de llamarme hermana vues-tra, y condenarme á llorar presa en esta torre mi vergonzosa debilidad.»

Este enérgico razonamiento fué seguido de la mas tierna efusion por parte de los caballeros á quienes se dirigia, y besando la mano de la heroína con mas respeto que desconfianza, no se atrevieron á defrau-dar en la menor cosa tan terminante resolucion. Activáronse desde aquel día los preparativos de la jornada; y llegando por último el momento de par-tir, colocáronse á la cabeza de sus respectivos escua-drones los hidalgos paladines, marchando al lado de Gomez un apuesto caballero de cintura mas estrecha y mas flexible, una toca blanda sobre el yelmo, y la adarga sin divisa ni color.

Incorporados en Toledo al ejército del rey, per-manecieron una temporada esperando que el arago-nés hiciese la primera tentativa de invasion en nues-tro reino, observando Doña María las mas esquisitas precauciones para que nadie la reconociera por mu-ger, á fin de conservar el gran prestigio que iba ad-quiriendo de día en día con el favor de sus herma-nos. Para evitar toda suerte de compromisos, hacia frecuentes correrías en que nunca la faltaba ocasion de probar sus fuerzas, merced á las cuadrillas de sar-racenos que circulaban oprimiendo á las aldeas con sus bárbaros insultos. Impaciente, sin embargo, por realizar libre de freno las proezas que combinara en los accesos de su heroico fanatismo, recibió con in-tensísimo placer la orden de ponerse al frente de su tropa tan pronto como sonara la trompeta del alcá-zar, pues el de Aragon se internaba á marchas do-bles en Rioja, desahogando su odiosidad y su ven-ganza con inauditas tropelías.

Evacuó en efecto D. Alonso la ciudad al comenzar el mes de Mayo de 1065, tomando direccion hácia Jadraque, en cuyas inmediaciones dominaba el cas-tiello del Plano una superficie de mas de doce leguas denominada á la sazón llano de Atienza, y hoy los campos de Varona.

No se hizo esperar mucho el enemigo.

Declinaba el día 14 del mes ya recordado, quan-do avistáronse las armadas, encaminándose la una hácia la otra. Brillan los últimos rayos del sol en sus bruñidos uniformes. Fluctúan los plumajes y garzo-tas ostentando sus matices como un campo cubierto de flores; álzanse los estandartes, y avanzando las primeras guerrillas al son de las trompetas y ataba-les empuñan la accion. ¡Qué golpes tan terribles se

descargan mutuamente los soldados! ¡Con qué bizarria se hieren, se acuchillan y maltratan! La noche cierra; empero apenas se aperciben de que les falta ya la luz. Crujen los arneses, las armas, el hierro de los ginetes y de los caballos: los denuestos y las aclamaciones belicosas suben hasta lo alto de los cielos. La sangre inunda el campo de la gloria, y el viento se carga de esos vapores que embriagan á los héroes, é inoculan el furor en sus arterias. El manto de la noche, haciéndose cada vez mas lóbrego, confunde las banderas hasta el punto de ser acometidas muchas veces por sus mismos defensores. Viendo los monarcas aquel caos, y el daño que de tamaño desorden les podría resultar, penetran el estrépito del campo con el sonido del clarín que llama á los combatientes al descanso. Atenuase paulatinamente el ruido de las dagas, como degrada el de un copiosísimo aguacero al ausentarse la nube que le arroja en alas del huracán. Restitúyese mas tarde una profunda calma, interrumpida por la voz de los soldados moribundos, que pedían á sus hermanos de armas un acero vengador y un laurel para su tumba.

No se había entregado al sueño Doña María Perez mientras sus compañeros agotaban su valor por destruir al enemigo: sino que envolvió la densa oscuridad de la noche su pujanza y su bravura gigantescas.

Pasaron dos horas sin que el orden se alterara en uno ú otro real. Velaba Doña María á una de las estrechidades mas remotas del campamento castellano. La oscuridad era completa. Habíanse apoderado del cielo inmensas lecciones de horribles nubes, que no por deslizarse al empuje de un viento zumbador dejaban de ocultar el firmamento en masas impenetrables á la dulce claridad de las estrellas. Restalla de improviso el paso acelerado de un brido, y se dibuja una figura militar á corta distancia de la osada centinela, que, enristrando la lanza, hundiendo el acicate en el hijar de su robusto potro, y adelantándose con intrepidez gritó: — «Vos, el ginete, quien quiera que seais, rendid las armas.»

—A vos toca y no á mí rendirlas, y declararse prisionero.

—Perdono, vive el cielo, vuestra soberbia temeraria; y si la vida no os enoja, podeis apresuraros á salvarla en la promesa que ahora os hago de presentaros sin quitárosla á mi rey. No me es posible concederos mayor bien.

—Todo lo que puedo hacer en favor vuestro, repuso el aventurero paladin, es desarmaros sin lidiar, y conducirlos á mi tienda vivo.

—Las manos y las armas, no palabras que lleva el aire, decidirán esta cuestion. Altivo sois por cierto... defendeos, aragonés.

Y arremetiendo contra el arrogante incógnito, vuelan las lanzas hechas astillas, y saltan como relámpagos al suelo requiriendo las espadas. El valor, la destreza y la fuerza compiten en esta lucha sin dar la victoria á uno ni otro contendiente. El aragonés quiere tomar aliento, y su competidor se le otorga. Vuelven á la carga de allí á poco; y rompiendo doña María la hoja de su espada sobre la guarnicion de la del contrario, este aturdido de tan formidable golpe, dá dos pasos atrás y dice:

—Bajad las armas, soldado, y declaradme francamente si sois noble, como vuestra valentia lo dá á entender.

—Tan noble soy como vos, respondió la Perez, aunque con la persona del soberano hablase. Mi sangre es limpia, mi linage godo, y por encima del blason de mis abuelos sienta un yelmo de seis rejas, que denotan su calificada alcurnia.

—En ella fio, y desde ahora aceptareis esta manopla en señal de que respeto vuestras órdenes.

—Volved la manopla á su lugar, y dadme la espada.

—Ni vos teneis derecho para pedírmela, replicó levantando su visera el adalid, ni yo obligacion á obedeceros.

—Don Alonso de Aragon!! exclamó Doña María Pe-

rez, hincando precipitadamente la rodilla.—Señor, si antes os hubiese conocido, hubiera sofocado mi rencor, primero que escoger por blanco suyo vuestro pecho. Ajustaros, os ruego, esa manopla, y sirva únicamente de prenda, pues las leyes de la caballería la exigen, la palabra fiel de un rey y el honor de un caballero.

—Sois atento y cortesano: empero ya que conmigo andais cumplido, quiero yo tambien serlo con vos. Troquemos los aceros, en testimonio de nuestra reciproca lealtad.

—De grado admitiria vuestro consejo, si en el calor de la reyerta no hubiese roto mi espada, parando con el trozo que aqui veis, vuestras puntas y réveses.

Y desenvainando Doña María el ruin fragmento de que hablaba, sintió el aragonés todo el peso de su suerte, acabando de estallar su confusion, cuando encaminándose á la tienda del monarca salieron al encuentro Gomez y Alvar, profiriendo en extremos de júbilo el nombre de su hermana, á quien volvian á encontrar despues de tan sangrienta noche, si bien extrañándoles que un hombre la acompañara apreciando su recato singular.

—¿Cómo es eso, caballeros, dijo el rey; una muger me ha vencido? ¿Una muger me lleva preso?

—Infeliz de tí, Aragon, exclamó Gomez, que no has podido sufrir mayor injuria, que el de verte sometido al sexo débil. Caminad, caminad, infatigado príncipe, que ya se descubre la tienda del magnánimo Alonso VI. No os ruboricéis de haberos dejado cautivar de una dama, que es hermosa como pocas, y valiente... como vos.

Esta ironía pesó mucho al malhadado rey, quien se disponia á devolverla con mas dosis de veneno, á tiempo que dos comensales llegaron á decirle de parte de su señor, que sabiendo su derrota, le aguardaba para estrecharle entre sus brazos, no en concepto de enemigo, sino en el de esposo que habia sido algun tiempo de su madre Doña Uraca.

Luego que, entrando en el régio albergue, se cumplieron los tres parientes coronados, mandó el rey de Castilla que besasen la mano al de Aragon D. Pedro Anzures, D. Pedro de Lara, D. Juan de Mendoza y otros varios ricos-homes, retirándose todos en seguida menos los caballeros Perez, á quienes preguntó el monarca cuál de los tres era el vencedor de D. Alonso. Apenas oyó que el autor de tamaña empresa habia sido aquella muger, que disfrazada tenia á presencia suya, ordenóla descubrirse el rostro para quedar desengañado enteramente, y contemplarla á su solaz. Obedeció, pues, nuestra heroína, dejando entrever al rey la graciosa turbacion de su semblante, al mismo tiempo que articulaba palabras llenas de generosidad y sumision.—«Yo soy la afortunada vasalla vuestra, que ha obtenido la dicha de venir á vuestro real, sirviendo al soberano de Aragon. Buscó mi brazo otro brazo, hallé con quien medir mis fuerzas, choqué espada con espada, y porque Dios así lo quiso, vencí á quien para honrarme quiso darse por vencido.»

Liberal ó prendado el huésped de la dulzura irresistible que derramaba Doña María, en sus expresiones, sacó de su dedo un anillo en que estaban grabadas las armas de Aragon, y se le entregó al rey de Castilla. Entonces este, dirigiéndose á Doña María Perez, la dijo:

—A vos, porque en vuestros hechos mas que hembra varon sois, os llamaremos en adelante la VARONA. Tomad ese anillo cuyas barras traereis vos y vuestros descendientes ladeadas, en memoria de que las ganasteis derribando las armas aragonesas. Tal será el blason de los Varonas; y cuidad de coronarlo con la diadema real, de cuyo centro saldrá una efigie vuestra empuñando media espada. Para fama perpetua del suceso, mandaré que se intitulen de Varona estos campos que le acaban de presenciar.

Es inesplicable el ascendiente que esa hazaña grangeó á la impávida guerrera sobre cuantos tu-

vieron la ventaja de seguirla en la carrera de sus triunfos. Interrumpiéronse estos durante la libre escursión que los castellanos tercios hicieron en el reino aragonés, sin que otra cosa de particular ocurriese que el fallecimiento prematuro de D. Alvar Perez, en cuyo reemplazo entró á gobernar los batallones por unánime proclamación su idolatrada hermana.

Sabedora de que el miramamolín de Galicia se iba posesionando de la provincia de Astorga con ánimo de atacar la de Leon, cuyas guarniciones eran poco numerosas, se puso en marcha atravesando el territorio de Alcalá hasta pisar el de Valladolid, donde habiéndose propagado la noticia de que acaudillaba una muger el ejército nacional, salían turbas inmensas al camino, rindiéndola los mas altos homenajes. Ella los recibía con esa pura ingenuidad que caracteriza á quien los merece; y de tal modo procuró escitar el patriotismo en los lugares donde hacia alto, que muchas doncellas se alistaron en sus filas con ánimo de secundarla en la guerra que empezaba á provocar.

Por mas pronto que quiso la Varona agregar su gente á la del monarca de Leon, ya se habia apoderado el sarraceno de la tierra de Campos, triunfando en Villoslada y en Mayorga. En los castillos de Altura (hoy Dueñas), Magaz y Porta-Augusta (ó Torquemada) tremolaba el estandarte musulmán. Juró Doña Maria hacerle pedazos, y el asedio apareció co-

mo por encanto alrededor del primer fuerte. Interceptáronse las avenidas para impedir el socorro de viveres; y acosados del hambre, segun unas historias, ó en batalla malograda, segun otras, los sitiados desalojaron el Altura, y la Varona tomó en feudo por gracia del rey de Leon, ampliándole con un puente, varias casas y una iglesia provista de regalos que se han conservado en mucha parte hasta el siglo XVII. Para habitacion propia hizo construir un gran palacio junto al rio, cuya localidad habitaron en mas cercanas épocas comendadoras de Santiago con el título de Santa Fé, las cuales se trasladaron á Toledo y allí existen.

El castillo de Magaz, situado entre Altura y Porta-Augusta franqueó sus puertas á la heroína de Villanaña, y cayendo como el rayo sobre la segunda poblacion, en cuya entrada occidental habia una torre llena de árabes, arrimaron con sagaz estratagemas gran acopio de madera y combustible, que juzgaron los enemigos sería un vano arbitrio para escalar la torre, no tomándose por consecuencia la molestia de combatirle formalmente: mas llevando Doña Maria á cabo su proyecto, en una hora avanzada de la noche prendió fuego al promontorio cuyas llamas se introdujeron bien veloces por los tragaluces y aspilleras de la torre, pereciendo sofocados por el humo los soldados que detestando el acero de una cristiana adolescente ó poco mas, prefirieron el suicidio á su prision.



Enriquecieron los estados de nuestra Varona con esa importante villa. Dejó por privilegio superior un alcaide que la representase, y emprendió su derrotero hacia Rioja, allanada por los moros procedentes de las montañas de Jaca. Otros valerosos capitanes los batieron y dispersaron con anticipación. Doña Maria Perez hizo cuartel en Logroño, y á pocos días la

comunicaron haber sucumbido su hermano mayor D. Gomez, víctima del arrojo que le distinguia.

—Murió Gomez Perez: pero ¿vencimos? Sí. Pues habiendo vencido, no era necesario que viviese un capitan que no tenía enemigos que vencer. Este desalogo es propio de ese exceso de virtud que se ad-

mira y se detesta en los tiempos en que lo era preferirle.

Plantado el árbol de la paz en las vegas del Ebro y del Pisuerga, desnudáronse las corazas cuantas amazonas componían el estado mayor de la admirable gefe, y aun esta misma que por espacio de nueve años solo había pensado en batallas y conquistas, tornó á acariciar sus bellas formas con los vestidos correspondientes á su sexo, y dió la mano de inseparable compañera al infante D. Vela, cuya afición, lejos de amortiguarse desde que la vió por la primera vez en Villanañe, aun mediando el matrimonio que por intereses de familia contrajera con Doña Juliana Nuñez, condesa de Avalos, se había por el contrario avivado en virtud de tantos rasgos dignos de esmaltar el dosel de los monarcas de Castilla, en prez de los que á su sombra se sentasen.

También para los días de ardor hay noche fría y para los mares alterados dulce paz. Doña María Pérez, ese genio pendenciero que con férrea mano armada desafiara á los riesgos capaces de intimidar al mas coloso, se redujo por fin á las delicias apacibles de la vida conyugal, y á la sabia educación de un hijo con que el cielo dotó el cuarto año de su enlace. En el de 1075 dejó de existir D. Vela; y habiendo depositado su cadáver en el lugar de Respaldizar en el valle de Ayala, mudó la ilustre viuda su domicilio en compañía de su primogénito Rodrigo y otros dos que había tenido su esposo en la condesa de Avalos al palacio de Villanañe, considerando como infanzon y solariego de su preclara estirpe.

Veinte y nueve años contaba el que, destinado á transmitir á la posteridad el sobrenombre de su madre, se unió con Doña María de Mungía, hija de los señores de la casa de Villela, existente en el mismo pueblo de Mungía, cuyos poseedores son actualmente los condes de Lences, señores de la de Zorrilla, de la de Gándara y de la de Arce de Villeras. Cediólos Doña María sus haciendas de Dueñas, Torquemada y demás pueblos conquistados, á costa de los cuales dice Lope García de Salazar (1) fortificó su casa con foso, puente levadizo, barbacana, almenas y cubos en la conformidad que hoy día se vé, prescindiendo de algunas innovaciones secundarias. Andando el tiempo asaltó el pensamiento de los años que había vivido matando sin descanso, y se resolvió á consagrar á Dios en el asilo de un monasterio los últimos pasos de su jornada inquieta. Reveló su plan á la superiora de Oña, cuyo claustro edificara D. Sancho, conde de Castilla, ochenta años antes, adjudicándosele á una comunidad de religiosas que subsistieron hasta que D. Sancho Ramírez de Navarra y Aragon, yerno del fundador y padre del infante D. Vela las llevó á Bailen (2) para conferir el edificio de Oña á sacerdotes cluniacenses. El estado de viudez que caracterizaba á Doña María, la hacia inhábil para vestir el hábito de castidad, como hubiera desado; pero gustosa con encerrarse en la clausura sin dejar sus ropas seculares, ni pronunciar votos monásticos, entabló un método de vida que la condujo entre consuelos inefables al sepulcro, después de cumplidos los 63 años de su edad, y ocho de reclusion edificante. Designaba su lucillo ha poco tiempo esta inscripción, trazada en un arco del claustro mencionado:

Aquí yace en paz la muy ilustre y valerosa capitana María Perez, conquistadora de reinos y provincias; las guerras por la espada la granjearon el timbre de Varona, que adquirió femenil Varona.—Vixit coelo illa quae tot in mauros et judeos in hispania occidit.

Tres particularidades anotaremos antes de cerrar este artículo: la de no haber faltado descendencia masculina en la casa de Varona desde el siglo XI por lo menos al presente: la de llevar todos los pri-

mogénitos el nombre de Rodrigo en memoria del primer sucesor de este apellido, y la de permanecer la torre y casa fuerte de Villanañe con el aspecto majestuoso que recibió en la edad de los torneos y de las trovas. Si bien las diez y nueve ramas en que el tronco principal se ha repartido disfrutan un bien-estar envidiable, nos atrevemos á asegurar que pocas familias vivirán en una abstracción mas pacífica que la que vá sucediendo á la Varona en el asilo romanesco que encomendó á su descendencia. El bosque en donde asienta sería por sí solo inspirador, aunque la torre con sus decrepitas almenas, el foso con sus turbias aguas, los baluartes con sus adarves, y los álamos y sauces plantados en sus cercanías con su verdor y con sus sombras, no acabasen de perfeccionar el cuadro mas encantador y pintoresco. De buena gana estenderíamos nuestras observaciones al orden doméstico que rije en aquella afortunada soledad su virtuoso propietario: empero ya que la amistad detenga en este punto nuestra pluma, reciban aquí el testimonio mas cordial las noches que recordamos haber pasado en Villanañe dominando desde la montaña el valle umbrío, donde transformábamos los desiertos matorrales en guerreros amontonados en el circuito del antiguo torreón, que se descubria solo y derecho como un venerable anacoreta que hubiese querido depositar lejos del mundo el secreto de su melancólica vejez. El astro de los delirios y de las fantasmas surcaba otras veces el golfo proceloso de las nubes, apareciendo y desapareciendo alternativamente entre los rumores del viento que bamboleaba las ramas de los árboles sobre sus troncos encorvados. Lleno el corazón de afectos y la mente de impresiones y de ideas, nos retirábamos por lo comun á nuestro lecho, descendiendo sobre nuestra fantasía durante el sueño una creación inmensa é indefinible en que vivían y se agitaban los guerreros, las dueñas y demás personajes de la antigüedad, marchitos con el polvo del sepulcro, erupciones que nos aterraron un momento, pero que, produciendo los recuerdos mas gratos, pueden compararse á esas lozanas flores que alimentan de las lavas volcánicas su frescura y sus aromas.

RAFAEL MONJE.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

VIII.

(Conclusion.)

—Yo acá me entiendo, yo acá me entiendo!—repuso el capitán. Si el bueno de Fernán Martins no nos hubiera encomendado el secreto, había de revelarnos que tampoco esta noche dormirán muy tranquilos muchos nobles, á no ser uno que está descansando á estas fechas en el guardarropa del rey.

Maese Blas vió que el capitán aludía al asunto que mas deseaba él saber:—al horrible misterio que presencié desde la playa. Conocía el carácter de Jaime de Figueredo que para revelar el mayor secreto no necesitaba sino la mas pequeña contradicción, ó ver que del tal secreto se hacía poco caso. Por ese lado dirigió el barbero su ataque.

—Historias, historias, señor capitán!—Buen cuidado les dá á los hidalgos que vos esteis aquí tomando el relente; ellos estarán ahora descansando muy tranquilos en sus mullidos lechos sin cuidarse de si pisaís ó no mala noche. Estoy por deciros que todos estos aprestos han sido ocasionados por las visiones del rey que desde la muerte del duque de Braganza no hace mas que soñar con almas del otro mundo.—Pero es tarde; y como yo no veo visiones, ni soy de la guardia del rey, voine á recoger, que ya es hora.

—Alto ahí, maese Blas, gritó el capitán: el rey no

(1) Manuscrip. nobil.

(2) Garibay, t. 3, comp. hist. lib. 23.

tiene ni teme apariciones (1); lo que tiene es un acera-do puñal para castigar traiciones. Sabed también que si nosotros estamos aquí al relente, ni el soberbio D. Fernando de Meneses, ni el solapado D. Gutierre, ni los Alburquerque, Attades y Silveiras, dormirán mucho más que nosotros. El rey los ha mandado prender, y desdichados de ellos! No fué cuento, no, lo que se dijo el día de la procesion del *Corpus*: quisieron matar al rey; pero ellos morirán ahora. Sabed, en fin, que allá arriba....

La voz de Fernan Martins que hablaba con otro personaje, con el cual se dirigía hacia la puerta de palacio, cortó el discurso del capitán, que semejante al torrente que arrastra en pos de sí puentes y diques y se estiende por las campiñas, amenazaba al curioso maese Blas con hacerle pagar caro su afán de saber.

—Ireis al castillo de Palmela, señor obispo, decía el capitán de los jinetes al personaje que con él venia, y que era nada menos que D. Garcia de Meneses: allí aguardareis las órdenes del rey. Montad en esa mula que está ahí enjaezada. Acompañen diez jinetes del ala derecha al muy noble señor D. Garcia hasta Palmela. Soldados, vuestras cabezas caerán de sus hombros si diessen oídos á las promesas de su reverencia; vuestras manos serán cortadas en pública plaza, si las hojas de los árboles, oyesen por esos caminos sonar su oro dentro de vuestras manoplas.

—Prender á un ungido del Señor en la cámara de la reina! Poner en él las sacrilegas manos delante de su alteza, cuando estaba tratando conmigo de casos de conciencia!—Rey tirano!—nuevo Achab!—*Anathemasis*. Hecha esta exclamacion, montó el obispo en la mula, y rodeado por diez jinetes de la guardia tomó el camino de Palmela. Era el postrer viaje que en este mundo hacia; pasado algun tiempo, un poco de veneno dió cuenta de él y se le llevó al sitio hacia donde todos caminamos, y del cual nadie ha vuelto todavía—hacia el cementerio.

Luego que hubo partido aquella gente, empezaron á llegar varios piquetes de ballesteros, mosqueteros, y jinetes, y el barbero pudo ver distintamente que entre ellos venian presos D. Gutierre y D. Fernando de Meneses. Subieron á palacio acompañados por Fernan Martins y los soldados volvieron á incorporarse á sus respectivas filas.

Maese Blas se habia retirado junto á la puerta sin despedirse de su amigo, el cual fué á colocarse en su puesto, así que oyó la voz del capitán de los jinetes, y todo volvió á entrar en el mas profundo silencio.

De repente se dejó oír el ruido de un caballo que venia á galope y que se fué aproximando: era un jinete de la guardia que llegaba á escape: maese Blas, cuyo bulto se alcanzaba á divisar apenas á la luz de la lámpara, le preguntó: Qué nuevas, caballero?

—El recién llegado le tomó por un paje: «Paje id á decir al capitán que D. Pedro de Attade se ha escapado», según se cree hacia Santarem, y que á Fernan de Silveira no se le ha encontrado en casa de Juan de Pegas: decídselo á el solamente ó al rey en persona.»—Pronunciadas que fueron estas palabras volvió á partir á galope.

(1) Cuenta el historiador Garcia de Resende que despues de la muerte del duque de Braganza y hallándose el rey D. Juan en Santarem oyó llamar una vez en las altas horas de la noche, á la puerta de la cámara donde dormia con la reina. Preguntó quien era; mas nadie le contestó. De allí á poco volvieron á llamar de nuevo. Levantóse entonces y tomando su espada y rodela, abrió la puerta, llevando en la mano izquierda una tea, á la puerta estaba un bulto de hombre que comenzó á andar delante del rey; siguióle este, y el bulto continuó andando siempre y abriendo delante de sí las puertas, sin que el rey lograra alcanzarlo. Así fué andando hasta los desvanes que eran *pacorosos y frecuentados por cosas malas*, según dice el cronista. Gritó la reina viendo salir al rey; acudieron damas y caballeros y fueron en su busca; halláronle por fin examinando los suelos de los desvanes por donde el bulto se habia hundido. Dígase en honra de D. Juan II que si su conciencia le hacia ver fantasmas era asaz caballero para arremeter con ellas. No puede decirse otro tanto de Luis oncenno, su contemporáneo y modelo.

El maese se quedó estupefacto. No sabia como decir el recado de que acababan de encargarle? Fernan Martins no estaba allí. Iré á decírselo al rey. Y por qué no? Qué me ha de suceder?—La noticia es de suma importancia; y eso me parece lo mas prudente.—Armándose en fin de valor empezó á subir la escalera. Al entrar en aquellas salas mal alumbradas y desiertas, las piernas le temblaron un poco; mas ya no habia que retroceder; llegó por último á una cuadra, en donde estaban los criados de la cámara inmóviles como estátuas y guardando el mayor silencio. Vieron entrar al barbero, y uno de ellos salió á recibirle cortesmente: maese Blas era respetado en palacio, no solo por ser hombre cortés y servicial, sino porque Anton de Faria hacia de él gran estima. El que saliera á recibirle, le preguntó en voz baja.—Qué buskais, maese Blas?

—Quiero.... quiero—hablar al rey, dijo el barbero tartamudeando.

—Llevaré vuestro recado, mas tomad aliento entre tanto que no os deja hablar el cansancio. Dicho esto entró en la cámara el criado, de la cual salió á poco y alzando el repostero de la puerta pronunció pausadamente estas palabras:—Maese Blas, su alteza os concede la gracia de escucharos.

Algunos de los pajes que por allí andaban, y que habian dejado escapar sus risitas maliciosas cuando oyeron la pretension del maese, se quedaron atónitos de que en tan críticas circunstancias fuese con tanta facilidad admitido á la presencia del rey, siendo así que en horas mas regulares y tranquilas, difícilmente conseguian hablar con él ni aun los mas ilustres caballeros. Eran pajes, y los pajes de aquellos tiempos, á fuer de niños é inocentes no tenían esperiencia alguna del mundo. No recordaban que maese Blas era el barbero de Anton Faria, y que en los palacios de los reyes alcanzaba mas valimiento (en aquellos tiempos se entiende) el que rapaba las barbas al privado, que el que en los campos de batalla habia cortado las cabezas de los enemigos de su patria.

Maese Blas cruzó la puerta en que apareció el criado de cámara: con pasos vacilantes é inciertos atravesó dos salas, y llegó por último al aposento donde estaba el rey. El barbero sintió que de repente se le doblaban las rodillas—aquel aposento era el que servia al rey de guardaropa, y en el que acababa de pasar hacia poco la escena misteriosa que el maese observó desde la playa.

El rey estaba sentado en un sillón de alto respaldo: á los lados, en pie y descubiertos, D. Pedro de Eza, Diego de Azambuya, y Lope Mendez del Río. Detrás del sillón se hallaba Anton de Faria como camarero del rey. Delante de estos, maniatados, vió el barbero á D. Gutierre, y á D. Fernando Meneses; mas no reparó en Fernan Martins que estaba en pie y recostado en su larga espada en uno de los ángulos del aposento.

—Qué me quereis, maese Blas?—dijo el rey al barbero con un metal de voz tan pausado y meliflúo como el del gato que quiere pillar á alguno un pedazo de pan.

—Señor; un caballero de la guardia de los jinetes me dió un recado para que le trajera á V. A. en persona, ó al capitán Fernan Martins; y como no he hallado á este, vengo.

El maese acertó á dirigir una mirada á este tiempo á las diversas personas que allí estaban; y sin duda en su rostro debian pintarse tan vivas señales de terror que el rey sonriéndose le dijo: No teneis que temer. Hablad sin rebozo: los traidores han caido en mis manos. Si *Deus pro nobis, quis contra nos?*

El caballero ha dicho—continuó maese Blas—que D. Pedro de Attade ha salido huyendo hacia Santarem.

Los ojos del rey centellearon como los de un tigre en medio de la oscuridad de la noche:—Que le sigan sin descanso, Fernan Martins!—Que le sigan: y cien cruzados de oro al primero que logre ponerle encima la mano, ó la punta de la lanza!

Fernan Martins salió; y los apresurados ecos de sus

zapatos de hierro resonaron cada vez mas rápidos y apagados al través de las solitarias salas por donde maese Blas entrara. Este continuó:

—Tampoco á Fernán Silveira le han encontrado en casa de Juan de Pegas.

—Pues yo sé que allí debe estar, gritó el rey cada vez mas colérico. Anton de Faria! el que ampara traidores es traidor como ellos! La cabeza de Juan de Pegas responde por la de Silveira.

—Anton de Faria salió á dar órdenes y volvió inmediatamente.

D. Fernando de Meneses estaba con aire altivo; D. Gutierre por el contrario parecia entregado á las mas viva aflicción; y maese Blas, próximo á ellos, con la boca entreabierta y los ojos espantados, hubiera podido pasar por uno de los delincuentes, si no fuese porque tenia las muñecas libres de esposas.

—Caballeros rebeldes—dijo el rey á los dos presos con voz atronadora, y apuntando hácia un bulto que yacia en medio de la estancia, algo inmediato al lado de la ventana—ahí teneis á vuestro jefe. Descubridle, Anton de Faria. Que vean en él la suerte que los aguarda.

El camarero levantó el paño y dejó ver un cadáver: tenia los ojos abiertos y vidriosos; de ambos ángulos de la boca, en la cual brillaba el esmalte de sus dientes apretados, le bajaban por el rostro dos riegos de sangre coagulada. En la garganta y en el pecho divisaban infinitas y profundas heridas, y sobre una de ellas, que parecia haberle atravesado el corazón, tenia aplicada la mano derecha, como si hubiese querido en el último trance detener la vida que por allí se le escapaba.—El muerto era el duque de Viseo!

—Ha sido asesinado!—esclamó D. Fernando de Meneses con indecible desesperación.

—Antes él que no yo, don traidor: gritó el rey con voz de trueno.

—Asesino!—replicó D. Fernando: Asesino cobardo!—quitaste la vida al duque de Braganza, sin pruebas, mas con jueces; á este sin lo uno, ni lo otro. De aquel fuiste el alguacil; de este, el verdugo. Solo te restan D. Manuel y tu propio hijo, para que tu querido Jorge, tu bastardo, el hijo de Doña Ana de Mendoza, suba al trono!—Sabe, empero, que el que derrama la sangre de los suyos es, como Cain, maldecido de Dios y de los hombres.—Diciendo esto el caballero dió algunos pasos, se hincó de rodillas y besó la mano del cadáver.

—«A la cárcel» gritó el rey. Y que mañana sea ajusticiado en la plaza de Setubal.

—Mátame tú, hombre vil; que yo moriré contento donde el duque mi señor ha espirado: tú has hecho el oficio de verdugo mas deshonroso aun de lo que era.

El rey soltó una carcajada trémula y satánica.

—Perdon, señor, esclamó D. Gutierre, arrojándose á los pies de D. Juan—yo no he sido tan culpable!

—Indigno! replicó el rey.—Fuiste osado de lengua antes del peligro; ahora que ha llegado, te falta el corazón. En el castillo de Aviz aguardarás tu suerte. Ah! nobles hidalgos—continuó dando una segunda carcajada—mi mando os parecia pesado; veremos si la tierra os parece mas ligera!—Que se concluya cuanto antes el proceso de D. Alvaro de Attaide y de Pedro de Albuquerque. Llevaos á estos ahora de aquí; y que vengan esas andas.

Los tres caballeros que estaban al lado del rey salieron con los presos, y pasados breves momentos, entraron cuatro ballesteros con unas andas. El Rey les hizo seña de que colocasen en ellas el cadáver del duque, y esclamó:

A la iglesia Catedral!—en donde sea espuesto mañana en un catafalco á los ojos de todos para que vean en él que sé castigar los crímenes.

—Oh! continuó el rey volviéndose hácia el barbero;—señor maese, qué haceis vos todavía aquí?

Estaba tan horrorizado, maese Blas, que creia tener los miembros paralíticos; mas estas palabras del rey (jamás supo como) le plantaron á la puerta de su albergue, donde toda la noche le parecia ver tales vi-

siones que solo por la madrugada se atrevió á apagar la luz.

A la mañana siguiente, el pueblo que fué á oír misa á la catedral, vió en medio de la iglesia, sobre un catafalco, el cadáver del duque de Viseo, señor de Beja, octavo condestable del reino, hermano de la reina, y primo del rey, con el rostro descubierto, y diez heridas mortales.—Ninguno se atrevió á hacerle siquiera una aspersion de agua bendita! Habia sido asesinado por mano del mismo rey!

No dejó tampoco de ir allá maese Blas (cómo habia de faltar él!)—Después de oír misa, salió de la iglesia y llegándose á la calle de la Anunciación vió que en el sitio donde los nobles habian dejado caer sus bastones, el día de la procesion del corpus, habian cambiado el dintel de la puerta: la misma en que él habia asistido á la solemnidad. El nuevo dintel tenia una cabeza esculpida en el centro; con un letrero en latin; y en la esquina de la misma casa habian arrancado una piedra de la cantería y puesto otra en su lugar en la cual se divisaban tambien tres cabezas:—los que por allí pasaban se detenian para ver aquella novedad; porque en la tarde de la víspera nada de esto existia. Un clérigo que acertó á pasar por aquel sitio, estaba leyendo casualmente el letrero en voz alta cuando el barbero se acercó:

Si Deus pro nobis, quis contra nos?

A maese Blas le parecieron estas palabras, las mismas que habia oído decir al rey en la noche precedente. Apartóse de allí, con pasos presurosos y diciéndole para su ropilla:

—Bien decia yo há tres años, en mi tienda de Evora, que Anton de Faria no echaba las cosas en saco roto, y que andando el tiempo teniamos mucho que ver.

El monumento de que aquí se hace mérito y que ha dado ocasion á esta leyenda, existe todavia en Setubal; cualquiera puede verlo y oír acerca de él las tradiciones del pueblo. ISIDORO GIL.

FIN.



LOS ARMADILLOS.

Los armadillos constituyen por sí solos un género bastante numeroso en la familia de los Longirros-tros, Ord. Edentados, Clas. Mamíferos (de Cuvier.) La palabra armadillo parece que escita en nosotros la idea de un ser cubierto por una armadura mas ó menos complicada; así es efectivamente: los armadillos son muy notables por la especie de coraza de que se halla revestido su cuerpo, coraza que está formada por unas placas ó compartimientos muy semejantes á un embaldosado; esta armadura, cuya sustancia es de naturaleza parecida á la de que se componen los huesos, se halla cubriendo al animal en parte de la cabeza, el cuello, el lomo, los costados, la grupa y la cola hasta su estremidad, y está revestida al exterior de una piel delgada, lisa y

transparente; las únicas partes del cuerpo á que no se estiende dicha lámina son: la garganta, el pecho y el vientre; la parte de la armadura que se halla cubriendo la espalda y los costados, está formada de fajas paralelas unidas entre sí por unas membranas estensibles que permiten al animal plegarse; el número de fajas no depende en nada de la edad del animal, pues se notan en los armadillos de la misma especie el mismo número de ellas en los que acaban de nacer, que en los adultos; su sistema dentario está reducido á siete ú ocho muelas en cada lado, según las especies, ofreciendo aquellas la particularidad de no tener esmalte en su parte interior.

Los armadillos en general son animales inocentes á menos que se les permita entrar en las huertas donde hacen bastante daño por la estremada afición que tienen á las frutas y legumbres. Aun cuando son originarios de los países cálidos de América, se habitúan también á vivir en climas templados; los armadillos caminan con bastante ligereza, pero les es imposible á causa de su organización, trepar á los árboles, saltar, ni correr, por lo que es fácil cogerlos, pues el único recurso que adoptan en su fuga es el guarecerse en su madriguera, mas si se hallan lejos de ella, socavan la tierra con mucha prontitud para hacer un agujero y sustraerse á los ojos del cazador; á veces son sorprendidos antes de ocultarse del todo en su guarida, en la que teniendo ya metidos la cabeza y los pies se dan por seguros, pues abriendo sus conchas y apretándolas con todas sus fuerzas contra las paredes del agujero, suele acontecer que primero se queda el cazador con la cola en la mano que sacarle á él, á menos que por medio de un palo ú otro cualquier objeto se le haga cosquillas, en cuyo caso vuelve á contraerse y se deja coger; cuando las cuevas en que se hallan son muy profundas, hay que echarles agua ó humo para forzarles á salir: en cuanto es cogido el armadillo hace lo que los erizos, se contrae formando una bola, pero para obligarles á que se estienda se les coloca cerca del fuego.

La caza del armadillo se hace con perros que lo alcanzan muy pronto, pero él no deja que lleguen sin encogerse antes, y si se encuentran á la orilla de un precipicio no dá lugar á que le cojan, pues formando una bola se echa á rodar por él, no sufriendo por esto daño alguno.

Los armadillos son muy fecundos, pues gozan de grandes facultades para la reproducción; aseguran que la hembra pare cuatro hijuelos cada mes, de lo cual proviene que las especies son numerosísimas: viven con preferencia en parages húmedos y calientes, y cuando salen de sus cuevas que son bastante profundas, procuran no alejarse mucho de ellas por no ser sorprendidos: la carne de los armadillos es bastante sabrosa; los indios se sirven de sus conchas para hacer vasijas y canastillos que pintan en su interior caprichosamente.

Algunos han atribuido varias propiedades medicinales á ciertos y determinados huesos de este animal y en especial al último artículo ó hueso de la cola, que lo han tenido por remedio muy eficaz contra la sordera y dolor de oído; la razón aconseja que no demos crédito á esta paradoja, pues efectos

tan maravillosos no son producidos sino por virtudes imaginarias que solamente la superstición ha podido sostener; los huesos del armadillo son ni mas ni menos que los de otro cualquier animal.

El grabado que acompaña á este artículo representa un individuo de la especie conocida por Linneo con el nombre *Dasypus cingulis novem*.

J. A. y A.

PENSAMIENTOS.

El hipócrita llega á veces á persuadirse de estar adornado de las virtudes que afecta, así como el charlatan en fuerza de exagerar la eficacia de su pomada, acaba por creer en sus efectos y hacer uso de ella.

En el amor mas puro es mas el humo que la llama. Las personas que estan siempre en movimiento sin que al mismo tiempo sirvan para nada, son relojes que andan pero que no tienen mano.

Estrañamos que el malo sea feliz y el bueno sufra los rigores de la suerte: la vida es un libro, las erratas se hallan al fin.

Lo que se dice y lo que se piensa no está siempre de acuerdo.

El amor que se experimenta, solo existe realmente en la persona que ama, la que es amada no es mas que el pretesto.

La incertidumbre es el peor de todos los males, hasta el momento en que la realidad hace que echemos de menos la incertidumbre.

La primera mitad de la vida se pasa deseando la segunda y esta lamentándose de que haya pasado la primera.

Con el número anterior se mandaron á todos los suscritores de provincias que tienen derecho á ellos, los pliegos de regalo que contienen la conclusion del SIGLO, la portada y el indice del mismo.

Es escandaloso el número de ejemplares que se estravian en correos. De nada sirve que hayamos montado el servicio de provincias con la mas rigurosa exactitud, de modo que no quede la menor duda de mandar los números; las reclamaciones no se evitan, ni á la empresa el perjuicio de enviar ejemplares por duplicado descabalandole colecciones. Por nuestra parte estamos en el caso de advertir por última vez, que hemos resuelto formalmente no servir una sola reclamacion de ningun número, pasados QUINCE dias desde que se publicó.

El Sr. Principe no puede entregar el completo del original de *La Casa de Pero-Hernandez* hasta fines de mes; hacemos esta advertencia para evitar reclamaciones y para que conste que la anterior empresa del SEMANARIO que tiene ofrecido este regalo, no es culpable del retraso. Nuestros suscritores pueden estar seguros de que en nada les perjudicará y de que los avisaremos tan pronto como se halle disponible la leyenda en cuestion.

GEROGLIFICO.

Solucion.—La fortuna solo es para quien la encuentra.

MADRID.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Barola, Foupart, Villa y la Publicidad, litografía de Bachiller, del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, cuarto segundo.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.